SAN AGUSTIN Y SU ORDEN

(SINTESIS HISTORICA)

Conferencia pronunciada en la parroquia de Ntra. Sra. de los Angeles de Madrid, para los «Hombres de Acción Católica», el 11 de Diciembre de 1944

POR EL

P. DIEGO P. DE ARRILUCEA, O. S. A.

(LA CIUDAD DE DIOS)

IMPRENTA DEL REAL MONASTERIO DE EL ESCORIAL

1 9 4 5

«LA CIUDAD DE DIOS»

LA ORDEN DE SAN AGUSTÍN

SAN AGUSTIN Y SU ORDEN

(SINTESIS HISTORICA)

Conferencia pronunciada en la parroquia de Ntra. Sra. de los Angeles de Madrid, para los «Hombres de Acción Católica», el 11 de Diciembre de 1944

POR EL

P. DIEGO P. DE ARRILUCEA, O. S. A.

«Dar a conocer las necesidades de todo género a que algunas de las más destacadas Ordenes religiosas se propusieron hacer frente en el momento de su fundación; los medios utilizados para conseguirlo; lo que la humanidad debe a las congregaciones monásticas, no sólo en el terreno espiritual sino en el cultural y social; su difusión por el mundo; sus figuras más excelsas y los episodios culminantes de su historia particular».

(Del folleto - programa anunciador de estas Conferencias).

(LA CIUDAD DE DIOS)

IMPRENTA DEL REAL MONASTERIO DE EL ESCORIAL

1 9 4 5

UNA sola palabra de disculpa. Sin consideración a mi nulidad, han tenido a bien mandarme que suba a esta cátedra, para sustituir a un insustituible, al Excmo. P. López Ortiz, mi hermano de hábito, hoy dignísimo Obispo de Tuy, inteligencia privilegiada, clara dicción y dominio de cualquier asunto puesto a su cuidado. El os hubiera dado una lección, porque es maestro. De mi cortedad de ingenio no podéis esperar sino un desengaño. Permitid que por unos momentos seamos discípulos todos, y yo el más desaprovechado, del gran Doctor de la Iglesia San Agustín.

* * *

Post nubila. . .

¡San Agustín! Señores, tiembla la mano, el corazón se achica y sufre desmayos la inteligencia del más esforzado al pretender trazar la

semblanza del coloso de la inteligencia, del asombro del mundo, del inmortal Doctor Africano.

Nacido en Tagaste de Numidia, africano fué su corazón, africana su inteligencia y noblemente africanas sus pasiones, que, si un día le llevaron por caminos extraviados en años de juventud, más tarde le elevaron a la mayor gloria dentro de la Iglesia Católica. Fué el organizador, el iluminador de la doctrina cristiana con su inteligencia poderosa, con su amor inmenso a la sabiduría increada. Venido al mundo de padre pagano y madre cristiana a mediados del siglo IV, difícil era que su espíritu se sustrajera al medio ambiente en que entonces se hallaba el mundo. Las doctrinas más antagónicas se disputaban el predominio sobre las almas y el imperio sobre los corazones. Doquiera imperaba el error. Una ola de cieno, procedente del desquiciamiento del orden moral, inundaba a los hombres. Ni había autoridad política ni se reconocía la autoridad moral de nadie. El desprestigio de los antiguos dioses, la impiedad, el indiferentismo, el desenfreno, la falta absoluta de pudor, el ningún respeto a la personalidad ajena ni aun a la

propia personalidad, el desaliento, la desorientación... todo un mar de confusiones invadió a aquella sociedad romana con el desbordamiento de las pasiones.

No había doctrina que consolara a los hombres, ni había inteligencias que les guiaran en el valle oscuro, en que se encontraban. Caída Roma en la abyección, abandonada de sus Césares, había dejado de ser cabeza del mundo y reina de pueblos. La corte de sabios y oradores, orgullo otrora de los latinos, andaba errante y arrastrando los andrajos de su palabrería huera y enteca en pos de las carrozas imperiales. Y aquel Senado, prez de la Humanidad, organizador y creador de pueblos, legislador quizá no superado, donde brillaron tantas inteligencias próceres, donde sonaron las voces más elocuentes; aquel Senado, sostén del equilibrio del mundo, ¿qué se había hecho? Minado por las más bajas pasiones, dominado por la ambición de honores, por el ansia de riquezas, por la insaciable sed de placeres, se había rebajado hasta la más vil adulación, hasta besar la mano, que cruzaba sus mejillas con el látigo infamante de la deshonra y de la esclavitud. ¿Los Césares? Degenera-

do remedo de una institución inmortal, habían descendido a lo más abyecto para vestir la púrpura, habían besado las huellas de los bárbaros, que violaron las fronteras del imperio; llegaron hasta arrastrar las insignias imperiales de la Roma inmortal, vilipendiadas, violadas como meretrices, a los pies de los seculares enemigos del Imperio. Todo estaba en ruinas: lo material y lo moral. Ved el estado de la sociedad a mediados del siglo IV, al venir Agustín al mundo.

Brillaba, es verdad, una lucecita; un rayo de esperanza titilaba sus resplandores en el Vaticano. Pero ¡cuántas fuerzas se aunaron para extinguirla! Al lado de los vestigios del paganismo, impotente por sí para sostener la lucha, nacían nuevos errores. Arrio, que despojaba a Jesucristo de la divinidad, dominaba en Asia y Bizancio, y extendía sus tentáculos hacia Occidente, hasta el extremo de que San Jerónimo pudo exclamar que el mundo se extremeció por verse arriano. Africa, rica en santos mártires y anacoretas y en sabios apologistas, gemía bajo los horrores del cisma donatista con todas sus enormidades de disturbios, guerras y asesinatos. La inmunda

doctrina de Manes encenagaba en el vicio a innumerables incautos. Y por último, Pelagio negaba la necesidad de la gracia para la vida sobrenatural cristiana, destruyendo de cuajo todo el dogma católico y arrastrando tras de sí a muchos fieles y a no pocos Obispos de Bretaña, las Galias, Italia y España. La estrellita que refulgía en el Vaticano estaba próxima a su ocaso; la navecilla de Pedro se hallaba en trance de zozobra; la Iglesia de Jesucristo iba a desaparecer a pesar de los esfuerzos heróicos de los gloriosos apologistas que defendían la verdad.

San Atanasio, San Basilio el Grande, San Gregorio Nazianceno con valor sobrehumano, con riqueza inmensa de doctrina, con argumentos irrebatibles trituraban en Oriente al arrianismo; San Cirilo de Jerusalén y el de Alejandría confundieron y aniquilaron a Nestorio, que negaba ¡desdichado! la Maternidad Divina de María Santísima; San Juan Crisóstomo sostenía con elocuencia no igualada y con energía indomable la pureza de las costumbres, aun a costa de persecuciones y vilipendios sufridos por Jesucristo con valor de mártir. Y San Hilario en Occidente con San

Ambrosio y San Jerónimo y al frente de todos el gran Osio de Córdoba oponían a las herejías el sólido valladar de su ciencia, de sus virtudes y de su elocuencia, y con titánicos esfuerzos ensanchaban las fronteras del cristianismo y cimentaban la doctrina católica en las almas. Pero arreciaba la pelea, los errores renacían de sus cenizas, las olas encrespadas de todas las pasiones, de todas las insidias, de todas las potestades infernales amenazaban la vida de la fe; hasta la autoridad suprema de los Pontífices era despreciada y pisoteada.

El hijo de las lágrimas

¿Qué gigante emprendería la lucha con tantos y tan diversos enemigos? Dios acudió en auxilio de su Iglesia enviándole un nuevo soldado, un esforzado atleta, que con sus certeros golpes deshizo uno a uno a todos sus adversarios, pulverizando sus argucias, aniquilando sus doctrinas, añadiendo nueva luz al dogma cristiano. SAN AGUSTIN. He ahí el hombre, portento de las edades, martillo de los herejes y maestro de la verdad. Las metrópolis del saber fueron la cuna de su inteligencia. En

Madaura, Cartago, Roma y Milán se nutrió de ciencia aquel ingenio privilegiado. Admirado por sus maestros, incapaces de seguir los vuelos de su soberana inteligencia, e idolatrado por sus condiscípulos, un camino de flores fueron sus primeros pasos en los estudios. Pronto sobresalió entre todos y ocupó los primeros puestos y dejó atrás a sus maestros, que, satisfechos y orgullosos, presentían en él al Cicerón del foro cartaginés.

Ya en posesión de la filosofía y de las matemáticas y de la retórica y de las artes liberales, se dedicó con ahinco a buscar la verdad en los distintos sistemas filosóficos entonces en boga. Platón y Aristóteles le eran familiares. Cicerón fue su compañero inseparable. Los poetas, los oradores, los filósofos, todos tenían cabida en su poderosa inteligencia. Pero a todos los hallaba defectuosos; ninguno le aclaraba el problema del alma, ninguno saciaba la sed de lo infinito, que su corazón padecía.

Había oído hablar de las *Categorías* de Aristóteles como de algo sublime y de tan elevada doctrina, que su comprensión no era dado a nadie adquirir sin la ayuda de hábiles y sabios maestros. Deseoso de conocer aquellos

misterios y lleno de impaciencia tomó el libro en sus manos y lo estudió por sí solo, admirándose al ver que no hallaba dificultades allí donde a duras penas alcanzaban los reputados por sapientísimos maestros. Y es que su mirada era tan perspicaz y penetrante como la del águila, y su inteligencia tan inmensa y brillante como la de Aristóteles, superando quizás a este filósofo en rapidez de comprensión y en claridad de ideas.

Y cayó en sus manos el *Hortensio* de Cicerón, y su alma latió al unísono de la del orador romano, y sus ideas se elevaron y su inteligencia se acercó a la verdad. Encontró en él admirable luz sobre Dios, el alma, lo infinito, el bien, la perfección, la verdad y el orden. Pero no encontraba a Jesucristo, y le quedaba el mismo vacío en el corazón: el vacío que nadie llenaba, que ninguna doctrina satisfacía. El nombre de Jesucristo, dice él, lo había yo mamado en los pechos de mi madre y se conservaba en el fondo de mi corazón. Sin este nombre no había libro, por lleno que estuviera de doctrina, de elocuencia y verdad, capaz de entusiasmarme, quedando aún en lo íntimo de mi ser bastantes fibras sin conmoverse.

Pero Agustín estaba dominado por la soberbia, y despreció los Libros Santos, únicos que podían llevar la paz a su corazón. Y de abismo en abismo, de error en error, cayó en el grosero maniqueísmo, y de aquí llegó al absurdo agnosticismo, que le aseguraba que su clarísima inteligencia era incapaz de alcanzar el conocimiento de verdad alguna. ¡Oh misterios del corazón! ¡El hombre, que llegó a conocer sin esfuerzo las más sublimes doctrinas, que la inteligencia humana puede vislumbrar, se rebaja hasta considerarse incapaz de entender las más sencillas verdades!

No estaba solo Agustín en aquel abismo sin fondo; alguien velaba por él; y bien lo daba a entender el desasosiego que en todos los momentos de su vida le seguía, el afán de conocer la verdad, el no conformarse con ninguna doctrina, el vacío inmenso, que nadie llenaba, ni las ciencias, ni las artes, ni todos los placeres del mundo. Y era que su madre Mónica le seguía a todas partes, y con sus oraciones sostenía aquel corazón, para que en nada hallara consuelo y en todo encontrase una espina, que contínuamente le forzara a cambiar de sistema, a mudar de pensamiento, a variar de postura,

y le condujera a estudiar todas las doctrinas y todas las religiones. Conocedora como nadie de las dotes que adornaban a Agustín y de su noble afán por conocer la verdad, procuraba que los hombres más eminentes del cristianismo tratasen con él. Les rogaba, les importunaba, aunque rara vez eran oídos sus ruegos. Tal era la aureola de sabio, elocuente y terriblemente dialéctico, que rodeaba a Agustín.

En cierta ocasión llegó a Tagaste un Obispo versado en las Sagradas Letras y santo en grado sumo. Súpolo Mónica y corrió a su lado para hacerle la acostumbrada petición. Consolóla el Santo Prelado como mejor pudo, prometiéndole sus oraciones y penitencias en favor de su hijo. Insistió Mónica y se arrojó a sus pies hecha un mar de lágrimas. Y tanto suplicó y tanto lloró, que el santo varón exclamó enternecido:

—Idos, mujer, marchad; es imposible que hijo de tantas lágrimas perezca.

Como suave bálsamo y rocío refrigerante cayeron sobre el corazón de Mónica estas palabras proféticas, y siguió confiada rogando a Dios por su querido Agustín.

Y la profecía se cumplió. Y la lógica admi-

rable de Agustín le arrastró al conocimiento del Dios único, a quien su alma buscaba tiempo hacía con deseos fervientes de poseerle, para descansar en la contemplación de la belleza infinita, único objeto capaz de saciar las ansias de saber de su soberana inteligencia y los anhelos de amor que su corazón sentía. Y el *hijo de las lágrimas* se rindió, y el Santo Obispo de Milán, después de derramar el agua sobre el neófito, prorrumpió por el cielo en aquel sublime *Te Deum laudamus;* y el gigante, postrado a los pies del Cordero. prosiguió ebrio de gozo y derramando lágrimas de placer: *Te Dominum confitemur*[1]. Escena admirable! Memorable fecha, piedra miliaria, que dividió dos épocas gloriosas de la historia de la Iglesia y de la historia del mundo!

Sólo entonces vió Agustín satisfecho su corazón, y desde aquel día descansó su inteligencia en la contemplación de la verdad infinita, y en la posesión del amor eterno, en la caridad sin límites,. que embriagó todo su ser y todas sus potencias y sentidos. *Inquietum est cor nostum donec requiescat in te.*

(1) Ha de dispensársenos este desahogo oratorio, pues no se nos ocultan los graves reparos que se oponen a la paternidad del himno *Te Deum laudamus* en favor de San Ambrosio y San Agustín.

El corazón! Es símbolo del amor. ¿No habéis observado que la Iglesia sólo consiente en dos imágenes el corazón como símbolo? En las de Jesucristo y en las de San Agustín. En el Redentor significa el amor de Dios a los hombres y en Agustín el amor de los hombres a Dios. *Inquieto está nuestro corazón,* decía el hombre que más amó, *hasta que descanse en tí.*

El Atleta de la Fe

Su obra. Es la obra de un gigante. Desde el momento de su conversión a Dios es el paladín esforzado de la Iglesia, en quien ésta deposita toda su confianza en los trances más difíciles. Si Manes y Donato y Prisciliano y Arrio y Pelagio y todos los heresiarcas se ponen de acuerdo para deshacer la obra de Cristo, Agustín sale al encuentro de todos decidido y sereno, con la seguridad de quien va en compañía de la verdad. El es el oráculo de la fe, el intérprete de la verdad, el faro luminoso hacia el cual tienden su mirada los fieles de todo el orbe. Sabe salir triunfante de todos los combates; ataca, vence, pulveriza a sus adversarios, tendiéndoles después cariñosamente la mano para sacar-

los del abismo del error, ya que jamás los tiene por enemigos, pues su corazón magnánimo le dictó aquella sentencia: *Odia al delito, pero ama al delincuente.*

He aquí, en esta frase, esbozada su gran obra, su concepción maravillosa del destino del hombre, su inmortal *Ciudad de Dios*, «de la que deseamos ser ciudadanos con el ansia y amor que nos infundió su Fundador». Dos amores, dice, fundaron dos ciudades; el amor propio, la terrena, llegando hasta el desprecio de Dios; el amor de Dios, la celestial, hasta llegar al desprecio de sí propio. La primera puso su gloria en sí misma, y la segunda la puso en el Señor; porque aquélla busca el honor y la gloria de los hombres, y ésta estima por suma gloria a Dios, testigo de su conciencia. (Lib. XIV, Cap. XXVIII). Y al triunfo de la Ciudad de Dios dedicó todos sus esfuerzos; a él consagró su pluma, su inteligencia, su corazón, su ser entero.

Colocado en el pináculo de la gloria, cerca de los emperadores, aplaudido como príncipe de los maestros de la oratoria, puesto, que le constituía en árbitro de la voluntad imperial, mimado, en fin, por la fortuna; y conocedor, por

otra parte, como nadie del estado de postración y relajamiento de la sociedad de su tiempo, creyó que el mejor ejemplo, que podía ofrecer a sus conciudadanos, consistía en renunciar a todos los honores de la ciudad del mundo para dedicarse de lleno al servicio de la Ciudad de Dios en la humildad, en la abnegación, en el ejercicio de la caridad, en el estudio y en la contemplación de la sabiduría y del amor divino. Y se retiró a sus posesiones de Tagaste, donde, renunciando a toda riqueza y propiedad, en el silencio del retiro y en la oración, en compañía de los amigos que quisieron seguirle, escribía libros y enseñaba a los ignorantes las verdades divinas. *Scribebat libros et docebat indoctos,* dice su biógrafo.

Adiestrando a sus hermanos en el manejo de las armas, desde aquel retiro presentó batalla a los enemigos de la Ciudad de Dios. Se enfrenta con el corifeo de los Maniqueos, el Obispo Fortunato, a quien apoyan todos los suyos y los donatistas y las potestades todas del error y de la mentira; nadie puede luchar contra él, porque su elocuencia es grande y no menor su sabiduría. Agustín acude a la lucha ante multitud de gentes, curiosos muchos, pero

versados los más en materias religiosas, que allí habían acudido ante la trascendencia del singular combate. Dos días dura la lucha. Ataca Fortunato, sostenido, coreado por todos los suyos. Y Agustín, solo, sereno, seguro de que está en posesión de la verdad, refuta los argumentos, los vuelve contra sus adversarios, los confunde, los reduce al silencio, pulveriza sus argucias, y ante la rechifla del auditorio los hace huir vergonzosamente. Nuevos enemigos. No importa. Presenta batalla a los donatistas, que pretenden constituir en Africa una Iglesia cismática, separada de Roma, defendiendo que N. S. Jesucristo sólo había muerto por los africanos. Ridiculiza su doctrina, hace frente incluso a los forajidos, que salen a su encuentro, y sale triunfante de nuevo. Un monje bretón ha llegado al Africa con doctrinas peligrosas. Pelagio ha sembrado la confusión entre los fieles. De nuevo está Agustín en la arena. Que no hay pecado original; que no es necesaria la gracia para conseguir la salvación. Entonces ¿para qué ha venido Jesucristo al mundo? pregunta Agustín. ¿Dónde tienen su origen las miserias, las calamidades que nos afligen, dónde las pasiones, que nos atormentan, la igno-

rancia, que es patrimonio de la Humanidad? ¿Cómo explica Pelagio, creyente, la sentencia del Salvador: *sine Me nihil potestis facere,* sin mi ayuda, sin mi concurso, sin mi gracia nada podéis hacer conducente para la vida eterna? Cita al heresiarca al Concilio de Cartago. Y allí, vencido y convencido, pero por desgracia no convertido, es condenado por los Padres que lo componen.

Falta el más temible: el paganismo. Ha caído Roma en poder de los bárbaros. El imperio, hecho jirones, desaparece. Una sombra fatídica se cierne sobre el mundo. Los dioses nos abandonan. Y es que antes los hemos abandonado nosotros. Los han sustituído por un Crucificado. Nuestros padres hicieron a Roma señora del mundo, crearon el glorioso imperio bajo los auspicios de los dioses inmortales. Los cristianos han echado por tierra nuestra grandeza, han destruído a Roma, han aniquilado al imperio. Volvamos a nuestros dioses!

Vigilante Agustín, de nuevo sale a la palestra y escribe su obra más grandiosa, los veintidós libros de *La Ciudad de Dios,* en los que pone de manifiesto la falsedad de los argumentos de los paganos. Qué, y los pueblos

conquistados por los romanos, los imperios destruídos por Roma, ¿no tenían sus dioses? Y cuando Roma fué vencida en tiempos pasados por Aníbal y por los galos y por los iberos ¿no adoraban vuestros padres a los mismos dioses, que hoy adoráis vosotros? Os abandonan vuestros dioses, prosigue con punzante ironía, por miedo. Son cobardes. Huyen de Roma, en poder de los bárbaros, y se refugian en Africa, a la sombra de Cartago. No, no eso. Es que hay una lucha eterna entre dos ciudades: la ciudad del mundo y la Ciudad de Dios; la primera se hunde, porque tiene los pies en el lodo de las pasiones y de la soberbia; la segunda tiene su apoyo fuera del mundo, más arriba de las cosas de la tierra; se apoya en la virtud, se apoya en la divinidad, y, a través de las pruebas de la vida, se dirige hacia el cielo, su patria. La primera la constituís vosotros; los ciudadanos de la segunda son los cristianos. *Amores duo fecerunt civitates duas...*

Considerado como el oráculo de la Iglesia, todos acudían a él en busca de enseñanzas, en solicitud de auxilio. Presidía Concilios, sostenía ruidosas polémicas, reducía a sus guaridas a los hipócritas enemigos de la fe, que con piel

de oveja se atrincheraban en los viejos errores. San Jerónimo, encanecido en el estudio de las Sagradas Escrituras, le consultaba y rendía humildemente su juicio ante sus enseñanzas; y San Paulino de Nola desde Italia y San Próspero de Aquitania y San Hilario de Arlés desde Francia, y Paulo Orosio desde España, y el Oriente y el Occidente acudían a Hipona en busca de luces y de orientación. Bien pudo exclamar su discípulo y biógrafo, San Posidio: *Pax Ecclesiae per Augustinum.* Nos vino de Dios la paz por ministerio de Agustín.

Et defunctus adhuc loquitur

Después de muerto cosechó victorias en nombre del Señor. Sí, porque en sus libros han bebido y en sus obras se han formado los sabios de todos los tiempos; y sus huellas siguen San Isidoro, el maestro de todos los sabios de la Edad Media, y el gran Tajón de Zaragoza, autor de los *Libros de las Sentencias,* siglos antes de que viniera al mundo Pedro Lombardo; y San Anselmo, el padre de la Escolástica, y Escoto, y San Buenaventura y Alberto Magno, y el luminar más grande de

la Sorbona, Santo Tomás de Aquino, que a gala tiene llamarse discípulo de San Agustín; y los eminentísimos teólogos de los siglos XV y XVI; y los Doctores de Trento de sus obras sacan sus doctrinas, y no hay Concilio en que los libros del Santo no sean luz y guía de las discusiones, y no hay siglo que en sus descarríos no vuelva sus ojos a San Agustín en busca de orientación, y la Iglesia Católica le consagra su columna, su clave, su defensor. . .

¿Qué más? Hasta los incrédulos, hasta los filósofos anticristianos sienten el orgullo de aparecer como discípulos de San Agustín, y procuran amparar sus doctrinas con la autoridad del Aguila de los Doctores. Es el eje alrededor del cual gira el pensamiento científico de todos los siglos. Cuantos de él se apartan envuelven sus doctrinas entre las sombras y sientan sus teorías sobre arena; son los operarios de la ciudad del mundo, que llegan hasta el desprecio de Dios, y a poco de deslumbrar a los hombres con su forma brillante, caen en el descrédito y en el ridículo entre las risas y las burlas de la Humanidad para castigo de su soberbia, aunque sus patrocinadores se llamen Kant, Hegel y Schopenhauer.

La Ciudad de Dios ha sido construída por su genio con sillares labrados a escuadra, como los muros de Jerusalén, fundada sobre roca inconmovible, como la Iglesia de Pedro, y rodeada de altas almenas como las de Jericó, que la defienden de los enemigos de todos los siglos; y es inútil que renazcan los errores con formas nuevas, con vestimentas a la moda, con piel de oveja como los hipócritas, como los embusteros. Todos caerán a los golpes de maza que Agustín descarga sobre sus mentiras desde sus obras inmortales. Nuevos brotes del donatismo aparecerán en el Sacro Romano Germánico Imperio negando la Suprema Autoridad del Pontífice; no importa, a su encuentro saldrá el grande Hildebrando, y, con las energías adquiridas en el estudio de las obras de San Agustín, hará arrodillarse a sus enemigos en Canosa a sus pies. No importa que los Albigenses resuciten las doctrinas maniqueas; les hará frente el insigne Inocencio III, y los condenará apoyándose en las doctrinas de San Agustín. No importa que Pelagio resucite en los Jansenistas, falsos intérpretes de las doctrinas de nuestro santo; el Sumo Pontífice Pío VI, devoto entusiasta de San Agustín, pondrá en

claro las cosas, y victoriosamente saldrá en su defensa escribiendo con la doctrina del insigne Doctor la constitución *Auctorem fidei,* que deshará todas las argucias de los herejés. No importa que el materialismo moderno y el liberalismo de nuestros días lancen a la arena doctrinas, arrumbadas ya desde siglos, con nuevas envolturas, con vestimenta brillante; embaucarán, cegarán, engañarán a los incautos. Desde el Vaticano proclamarán los inmortales Pío IX, León XIII y Pío XI que nada hay estable sino la doctrina de Jesucristo proclamada y defendida por el Doctor de los Doctores; en su panoplia encontrarán armas para disipar la nube producida por la palabrería huera e insustancial de los enemigos declarados y encubiertos, fatuos todos, y el nombre de Agustín será, como siempre, el faro que disipe las tinieblas, la guía que conduzca a seguro puerto la navecilla de Pedro; y sus libros serán estudiados por los contendientes de uno y otro bando, para consuelo de los buenos, para confusión de los malos.

Padre del Monacato

No bastaba esto sin embargo, a pesar de ser grande, a pesar de ser inmenso. A la penetración de Agustín no podía escapar que la creación de una Institución permanente, dedicada al estudio de sus obras y a la difusión de sus doctrinas, sería como la construcción de una columna solidísima en defensa de la Iglesia; y concibió el magno proyecto de la fundación de una Orden religiosa. Fundó su Orden, acomodándose para ello a las necesidades de la sociedad de su tiempo, atendiendo a las conveniencias de la Iglesia.

Se había apoderado de los espíritus una sombra: la confusión en la interpretación de la ley moral. Las depravadas costumbres de los paganos habían filtrado su virus ponzoñoso en los discípulos de Jesucristo; se habían desviado las almas de las prácticas de los primitivos cristianos. Donde los Apóstoles sembraron humildad, privaba la soberbia; donde floreció la caridad, reinaba la cizaña de la envidia y el cáncer de la división; la liviandad y el apego a los placeres y a las riquezas de este

mundo habían usurpado en las almas el puesto a la pureza de costumbres, a la mortificación de la carne, al desprendimiento y al ansia del cielo y del amor de Dios. Era necesario volver a la sencillez de vida, a la modestia cristiana, a la pobreza evangélica de los primeros discípulos de los Apóstoles; era necesario empapar de nuevo a la sociedad de la caridad de Jesucristo, de la santidad derramada a manos llenas por el Salvador de los hombres.

Además otra nube entenebrecía las inteligencias; nube, cuyo origen radicaba en la perversión moral de las almas. Detrás de la soberbia vino el error, y como consecuencia de la corrupción de costumbres, vino la pertinacia en la mentira. Había que volver por la verdad, era necesario limpiar a las enseñanzas del Divino Maestro de los errores, con que habían pretendido mezclarlas los hombres, separar el trigo de la cizaña, aventar las pajas a todos los aires, fijar de una vez y con argumentos solidísimos lo que la tradición nos había trasmitido como enseñanzas de los primeros discípulos de Jesucristo y de los Apóstoles. Había que orientar a los católicos en el mar de con-

fusiones sembradas por los heresiarcas y por los fautores del error.

Con alientos de titán había hecho frente Agustín personalmente a todo, pero quiso que su obra le sobreviviera, que no faltara su esfuerzo mientras fuera necesario a la Iglesia de Dios. Y para eso creó la Orden, que mantuviera enhiesta la bandera izada por el Redentor, y por él sostenida con esfuerzos sobrehumanos.

Había estudiado a poco de su conversión la vida y costumbres de los monjes de Roma, con ánimo de organizar algo análogo en Africa; consultó con sus amigos este pensamiento, y en su misma patria, en Tagaste de Numidia, fundó el primer convento. En él vivió con ellos dedicado al ayuno, a la oración, al estudio y a la difusión de la doctrina cristiana. *Scribebat libros et docebat indoctos,* dice su discípulo San Posidio; escribía y enseñaba. Ordenado de presbítero y poco después consagrado Obispo-coadjutor del de Hipona, el santo Valerio, se persuadió de que en el estado sacerdotal obtendrían sus monjes más provecho en la dirección de las almas y en la enseñanza de los ignorantes; e hizo que cuantos eran aptos para recibir las sagradas órdenes se

consagraran al culto y a la predicación de la divina palabra. Construyó otro convento dentro de la ciudad de Hipona, integrado por monjes clérigos, con los cuales vivió. Muerto el Obispo propio y tomada por Agustín la dirección de la diócesis, llevó varios monjes a su casa, para no abandonar la vida monacal.

Se extendió la noticia de la novedad introducida en la iglesia de Hipona, y el Primado de Numidia, el Obispo Aurelio, amigo y admirador de Agustín, le suplicó que le enviara sus monjes; y en Cartago fundó varios conventos, algunos de ellos en terrenos donados por el Primado. Otros Obispos imitaron su ejemplo. Pero lo que principalmente favoreció la propagación rápida del monacato fundado por Agustín, fué la circunstancia de haber sido nombrados Obispos hasta quince monjes de los monasterios de Hipona y Tagaste, amigos y discípulos todos del Santo Patriarca. Los cuales llevaron a sus respectivas diócesis el monacato, y, como dice el biógrafo del Santo, que fué uno de estos Obispos, «no sólo fundaron monasterios, sino que también facilitaron a otras iglesias y Obispos monjes hábiles para ser promovidos al orden sacerdotal», inun-

dándose, podríamos decir, de monasterios el Africa cristiana. De tal manera que años antes de la muerte de Agustín apenas había ciudad, que no albergara uno entre sus muros.

Más asegura aún San Posidio; «no sólo en todas las partes del Africa, sino también al otro lado de los mares, por medio de sus monjes, fué conocida en muchos países la doctrina saludable de la Iglesia». Habían saltado al otro continente, tomaron posesión de Italia, las Galias y España, llenaban la Iglesia en Occidente. La Ciudad de Dios recibía nuevos refuerzos, soldados nuevos y aguerridos, obreros de la doctrina evangélica adiestrados en el manejo de las armas por el invencible Agustín.

Y ¿qué hacían esos monjes? Imitar a su santo Patriarca. Daban buen ejemplo a los paganos y a los cristianos tibios, fortalecían en la fe y en las virtudes a los fervorosos con su desprendimiento, con su continencia, con su amor al retiro, con sus continuas mortificaciones; se preparaban a reñir las batallas del Señor con el asiduo estudio de las sagradas letras, anunciaban la palabra de Dios; defendían, en fin, a la Iglesia; *scribebant libros et*

docebant indoctos. Escribían y enseñaban a ejemplo de su Santo Fundador con amplitud de criterio, con elevación de miras, sin odios y sin rencores, sembrando el camino de amor, de suavidad, de dulce atractivo; intransigentes con el error, sí, pero empapados en caridad hacia el descarriado, tendiéndole la mano alentadora para ayudarle a salir del abismo. ¡Ah! si las luchas del espíritu, si las discusiones entre cristianos se deslizaran por esas sendas, que son las de Jesucristo, seguidas por el Santo Patriarca y por sus hijos! Todos buscamos la verdad, todos tremolamos la misma bandera, en lo esencial coincidimos; abandonemos lo accidental, elevemos el punto de mira, veamos, como San Agustín, «en la ciencia una conquista humana del divino pensamiento, en la moral una derivación del divino amor, en el arte una participación humana de la divina virtud creadora, y, en una palabra, en la verdad de cualquier orden veamos siempre el bien de todos los géneros y la belleza en todas sus manifestaciones como fases distintas igualmente santas, bajo las cuales se manifiesta el mismo Dios». (P. Conrado Muiños. La Orden Agustiniana y la Cultura en el siglo XIX. La

Ciudad de Dios, t. 85, p. 101). Así escribió San Agustín, así enseñó San Agustín, así escribieron y enseñaron sus hijos, en todos los tiempos. Continuaban la construcción de la Ciudad de Dios.

Para mejor alcanzar sus fines, les dió Agustín una Regla llena de sabiduría, de la que es la primera norma el amor: *ante todas las cosas, hermanos carísimos, amad a Dios y después al prójimo, porque este es el principal mandamiento que nos legó el Señor.* Y más adelante confirma esta doctrina recomendando la unión de los corazones, *tened un corazón en Dios, cor unum,* un sólo corazón; se ordena la pobreza absoluta, *no tengáis nada propio*: la oración ferviente y continua, *ejercitaos con instancia en la oración:* la mortificación de la carne, *domad vuestra carne con abstinencias y ayunos:* el estudio asiduo, *cada día habéis de enfrascaros en la lectura:* la obediencia filial, *obedeced a vuestro superior como a padre*: *y hágase todo,* termina con una frase genial, verdaderamente agustiniana, caldeada en su corazón enamorado de la belleza infinita, *hágase todo no como esclavos bajo el yugo de la ley, no con temor servil, sino como*

enamorados de la espiritual hermosura, con libertad filial santificada por la gracia. Bello retrato del alma de Agustín!

Ahí está el secreto de la perpetua lozanía de su Regla. No impuso preceptos nuevos, no inventó obligaciones peregrinas; recordó las doctrinas de Jesucristo, *renuncia cuanto tienes, ven y sígueme;* la sencilla, la sublime perfección evangélica. Resucitó la vida de los Apóstoles, *perseverantes unanimiter in oratione. Multitudinis credentium erat cor unum et anima una,* nos dicen los Actos de los Apóstoles, sólo tenían un corazón y un alma, y nadie tenía cosa propia sino que todo era común a todos, *omnia comunia;* todo lo ponían a los pies de los Apóstoles para que fuera distribuído según cada cual lo necesitara, *prout cuique opus erat.* Y al mismo tiempo *omni die non cessabant in templo et circa domos docentes, et evangelizantes Cristum Jesum,* predicaban en público y en privado la doctrina de Jesucristo. Hasta el lenguaje es idéntico; escribió San Agustín su Regla con palabras apostólicas.

Creó un nuevo estado organizado dentro de la Iglesia de Dios, había fundado el monacato de Occidente, que tanta gloria habría de reportar

al cristianismo en todos los tiempos y tantas batallas habría de librar victoriosamente contra los hijos de la ciudad del mundo, contra la ciudad del odio y del pecado. Bendito monacato y benditos monjes, que se perpetuarían a través de los siglos, dando además origen a nuevos brotes llenos de vida y frondosidad para gloria de Jesucristo, para honor y defensa de su Iglesia!

Sus hijos, continuadores de la Ciudad de Dios

Sí, porque, a ejemplo de su Santo Patriarca, escriben y enseñan, labran nuevos sillares para el magnífico edificio, defienden la doctrina de Jesucristo, son la columna de la Iglesia. Adaptándose a las necesidades de los tiempos, ora empuñarán la pluma contra las herejías y sus fautores, ora se retirarán a los desiertos para implorar del cielo la paz en las luchas fratricidas de la Edad Media o se lanzarán en el fragor del combate entre los contendientes, con palabras de paz y perdón, para hacerles postrarse a los pies de la Cruz redentora, ora con acentos de fuego salidos de sus corazones,

caldeados en el amor de Dios, encenderán las selvas vírgenes de América y Filipinas, o penetrarán en el corazón del Celeste Imperio como emisarios del Rey de los Reyes y en calidad de Embajadores de Felipe II, o serán los primeros religiosos que den la vuelta al mundo enroscándolo con la estela de luz de la fe de Cristo, o serán la voz de Trento, o brillarán en la Sorbona y en Salamanca y en Alcalá, o escribirán libros, en los que a los altísimos conceptos de la doctrina se une el dulce ritmo de la lengua castellana, que se pliega a sus deseos, adquiriendo la serenidad mayestática de la latina y la riqueza fastuosa de la griega junto con el apretado contenido de la hebrea y la brillantez oriental de la arábiga.

Y, arrancando de los discípulos inmediatos del Patriarca, nos encontramos con San Alipio, el *alter ergo* de Agustín, Obispo de Tagaste, Delegado en diferentes ocasiones de la Iglesia Africana ante los Papas y Emperadores, propugnador acérrimo de la doctrina cristiana contra maniqueos, donatistas y pelagianos, y cuyos escritos corrían indistintamente con su firma o la del Obispo de Hipona; San Posidio, Obispo de Cálama, biógrafo del Santo y core-

pilador de sus obras; San Gelasio Papa, carácter entero y verdaderamente monacal, a quien no intimidaron ni los tumultos del pueblo romano para suprimir de raíz las diversiones paganas, ni la oposición de la autoridad imperial de Constantinopla para arrancar del catálogo de los bienaventurados a un Patriarca muerto fuera de la comunión de la Iglesia; propagador entusiasta de los libros de San Agustín, cuyas doctrinas consagró como de la Iglesia con su autoridad suprema; Paulo Orosio, el nobilísimo gallego, que del convento de Hipona trajo a España el monacato y la *Regula ad servos Dei*, y en su *Moesta Mundi* escribió la primera historia universal con carácter providencialista, siguiendo las huellas de su maestro en *La Ciudad de Dios*; San Hilario de Arlés y San Próspero de Aquitania, íntimos amigos de Agustín, y por quienes se difundieron en Francia sus escritos y sus monjes; el dulcísimo San Paulino de Nola, cuyo corazón parece arrancado del pecho de nuestro santo Padre, con quien tuvo activísima correspondencia y contribuyó como nadie a la propagación del monacato de Africa en Italia; San Fulgencio, *el Agustín abreviado* en ciencia y en virtud, batallador

infatigable, que hubo de sufrir repetidas veces el destierro y persecuciones sin cuento, y a quien se debe la conservación de las reliquias del Fundador, lo mismo que sus obras, arrancadas de manos de los arrianos y trasladadas por él a Italia.

Al desaparecer estos campeones, se produjo en Africa un eclipse; aunque con distintos nombres, reaparecieron las herejías, los Obispos perdieron su contacto con Roma, los monjes se dispersaron, y el santo Abad Eugipio emigró por Italia al centro de Europa, donde extendió el monacato africano, y San Donato arribó a las costas orientales de la Península Ibérica con sesenta monjes y gran número de códices fundando el monasterio servitano en Játiva y otros muchos en la Bética, de los que salieron las lumbreras de la Iglesia goda y los Padres de los Concilios de Toledo.

Seguía ininterrumpidamente la construcción de la Ciudad de Dios, el magnífico edificio ideado por Agustín; sus hijos continuaban la obra con los mismos elementos que él empleara: *scribebant libros et docebant indoctos*, escribían y enseñaban. La Iglesia mandaba escribir y escribían, la Iglesia mandaba enseñar y

se extendían por el mundo fundando monasterios, que habrían de ser focos de virtud, centros de saber, el más firme valladar contra todo ataque a las doctrinas verdaderas y los portaestandartes de la civilización en Occidente.

Llegaron, es verdad, las tinieblas de la edad de hierro, en la que todo vestigio de cultura desaparece, en la que la vida cristiana sufre un colapso; sólo permanecen firmes las Abadías de San Benito y los Monasterios que profesaban la Regla de San Agustín. Nuestra Orden, dividida, atomizada en Congregaciones diversas, que debilitaban su vida interna, siguió en parte la decadencia del ambiente. Pero pasada la tempestad, en la que a duras penas se advierte el brillo de sus Monasterios y Abadías, donde se refugiaron los escasos vestigios de ciencia y erudición, que lograron salvarse de la catástrofe, y con los cuales formó el agustino Tomás de Kempis su libro de oro de *La imitación de Cristo*, que, además de haber sido instrumento de tantas conversiones y una de las piedras más ricamente labradas de la Ciudad de Dios, ha derramado y seguirá derramando en todos los tiempos luz y fortaleza en las almas cristianas; pasada, digo, la tempestad, llegó el

momento de resucitar las doctrinas del Santo Patriarca, de reanudar la construcción del edificio ideado por los resplandores de su genio, y la Orden Agustiniana, remozada, fortalecida con la magna Unión de todas las Congregaciones bajo la cabeza única del V. P. Lanfranco de Septala, fundó la gloriosísima escuela teológica agustiniana, brillando con propios resplandores. De la cual son ornamentos valiosísimos el gran Egidio Colonna o Gil de Roma, el *Doctor Fundatíssimus,* sucesor de Santo Tomás de Aquino en la cátedra de la Sorbona y su defensor acérrimo, quien con su Maestro con Escoto y Alberto Magno forma el grupo de las inteligencias más grandes de la Edad Media; y, a su vera y siguiendo sus pasos, una pléyade de hombres ilustres, de inteligencias privilegiadas, sólo algunos de cuyos nombres os citaré: Santiago de Viterbo, su sucesor en la cátedra, Gregorio de Rímini, de tan sutil ingenio que es considerado como el príncipe de los Nominalistas, Alberto de Sajonia, el mayor teólogo de Germania, Tomás de Argentina, defensor con Escoto de la Inmaculada. Y, los no menos ilustres españoles Martín de Córdoba, varón sapientísimo en concepto de todos sus

contemporáneos, Dionisio Vázquez de quien dijo el Papa al Emperador que le pedía un teólogo y predicador contra los herejes: *Te mando otro Elías;* Santiago Pérez de Valencia catedrático de Alcalá de Salamanca y la Sorbona...

Sin que pueda olvidarse que el Cardenal Seripando presidió el Concilio Tridentino, como Delegado del Papa, con su hábito agustiniano bajo el Capelo brillante; que Fray Lorenzo de Villavicencio fué consejero de Felipe II y director de su política en el centro de Europa; que el gran Copérnico, quien concibió antes que nadie y defendió con incontrovertibles argumentos el sistema astronómico tal como hoy lo conocemos, vistió el hábito de San Agustín; que Fray Diego de Zúñiga fué el primero que francamente, valientemente y haciendo frente a todos los sabios y a todas las preocupaciones de su tiempo y a todos los prejuicios de escuela y aun contra el parecer de la Inquisición, defendió en su cátedra de Salamanca las teorías de su hermano de hábito; que Fray Ambrosio de Calepino fué el primero que estudió la lingüística científicamente y fue el padre del primer diccionario conocido; que el Cardenal Enrique Noris fué acaso quien, lejos

de todo extremismo, interpretó mejor que nadie la doctrina católica en el siglo XVIII, cuando el Jansenismo y sus adversarios habían sembrado la confusión en las almas y la intranquilidad en las conciencias; que Fray Luis de León (y he pronunciado el nombre de aquél, que sin compañía justifica la existencia de una Congregación, el nombre que mientras exista un español digno de serlo se pronunciará con veneración), que Fray Luis de León, además de ser el mejor escriturario de todos los tiempos, fué el artífice de la lengua castellana, porque su prosa sabe a repujados por manos de orfebres cincelados, y tiene sonido de medallas acuñadas para reyes, y riqueza y majestad sin parigual en nuestras letras, y fué el Príncipe de la Lírica, y en algunas composiciones quizá superior a Píndaro y a Horacio, como fué el primero de nuestros místicos en *Los Nombres de Cristo, La Perfecta Casada, El Libro de Job, El Cantar de los Cantares*, joyas de la lengua castellana, junto con Malón de Chaide, cuya *Conversión de la Magdalena* es el libro más brillante, compuesto y arreado, el más alegre y pintoresco de nuestra literatura devota; Alonso de Orozco, hablista sencillo pero

elegante y de corrección clásica, predicador, consejero y confesor del Rey Prudente; Juan Márquez, rey de los predicadores de su siglo, escritor rico de dicción, de frase, de estilo, de doctrina sagrada y profana, además de sagaz tratadista político en su *Gobernador Cristiano*, en que magistralmente refuta a Maquiavelo y sale en defensa del Rey Católico; Tomé de Jesús, Gallo, Valverde, Zárate, Fonseca, y otros y otros, que juntos «forman una Academia de escritores, que ninguna otra religión puede presentar tan aventajada en estilo y en viveza y en originalidad genial de elocución, a la que más debe la lengua castellana» según testimonio nada sospechoso del jesuíta Padre Juan Mir.

Son la legión de obreros que fabrican nuevos sillares para el edificio ingente de la Ciudad de Dios. Mandó la Iglesia escribir y escribieron, mandó la Iglesia enseñar y enseñaron: *scribebant libros et docebant indoctos.*

Y llegaron los días de la impiedad, los días de la confusión diabólica, los días del impío racionalismo, en que sólo se admitía el criterio humano, en que cuanto no se apreciara con los ojos y con los oídos y aun por el tacto grosero

carecía de existencia; tristes días, en que se relegó a la categoría de fábulas cuanto la tradición nos legó, cuanto recibimos por el canal purísimo de nuestros padres y abuelos, no tanto por falta de documentación escrita, aunque ese fué el espejuelo tras el que se parapetaron los corifeos del error, cuanto porque la soberbia cegó su inteligencia, y las pasiones secaron su corazón, pues, para usar las palabras del mismo San Agustín, *es para los ojos dañados odiosa la luz, que hace las delicias de los ojos puros*. Llegó la época nefasta de la Enciclopedia, que hizo almoneda de todas las tradiciones, y quiso borrar de las inteligencias la idea de Jesucristo, y de las conciencias quiso arrancar la ley moral, porque eran mitos sin razón histórica de su existencia.

Y una legión de colosos se levantó contra los atrevidos petulantes, para reducirlos a la nada, de donde nunca debieron salir, y asentaron los fundamentos históricos de la doctrina y de la Iglesia de Jesucristo. Como príncipes brillan tres hijos de San Agustín en la palestra. Onufrio Panvino, el padre de la investigación erudita en Italia, conocido con el sobrenombre de *el inmenso*, por el caudal inagota-

ble de sus conocimientos, quien, en sus libros macizos, llenos, apretados, aclara, fija, documenta de modo incontrovertible la historia de la Iglesia desde su principio y origen; la de los Sumos Pontífices desde San Pedro hasta Paulo IV, la del Imperio desde Julio César hasta Carlos V, y analiza miles de documentos, y describe miles de lápidas, y estudia miles de monumentos, de tal manera que su labor diríase que es de una legión y no de un hombre, y menos de un hombre que dejó de existir a los treinta y nueve años de edad. Antonio Agustín Giorgi es el segundo hombre extraordinario, que dominó no menos que once idiomas sabios y orientales, entre los cuales el griego, el hebreo, el copto, el siríaco, el samaritano, el árabe, el caldeo, y valiéndose de ellos puso de manifiesto la autenticidad de los Libros Santos y esclareció otras mil cuestiones relacionadas con la historia sagrada y la profana, dejándonos además su monumental *Alfabetum Tibetanum*, en el que, haciendo alarde inconcebible de conocimientos, estudia el origen de las lenguas, la historia, las costumbres, y las supersticiones de la región del Tibet; libro que ha sido la admiración de

los sabios de todos los tiempos y naciones.

Y sea el tercero nuestro insigne Fray Enrique Flórez, el más grande de los investigadores modernos, el creador de la historia científica, crítica y erudita. También aquí en nuestra patria hubo sus pujos iconoclastas, y frente a ellos surge potente su figura más que de gigante, derramando luz intensa en las oscuridades de la historia de España, y asienta sus asertos con la firmeza y ancha base de pirámides inconmovibles. Lo que afirma Flórez no lo desmiente nadie. «Si quisiéramos, dice Menéndez y Pelayo, cifrar en una obra y en un autor la actividad erudita de España en el siglo XVIII, la obra representativa sería la España Sagrada, y el escritor Fray Enrique Flórez. No ha producido la historiografía española monumento que pueda parangonarse con este». De lejos le siguieron otros tres Agustinos, los PP. Risco, Merino y La Canal; y al caer estos en la brecha, sólo débiles intentos hubo de continuación. Señal evidente de lo ingente de *La España Sagrada*, que, aun reconocida unánimemente como obra necesaria, no ha hallado hombres de talla capaces de pechar con su grandeza. Treinta tomos escribió Fló-

rez, doce Risco y cinco Merino y La Canal. Seguía su curso la construcción de la Ciudad de Dios.

Y ahora perdonadme un desahogo. Un siglo ha pasado desde que desapareció el P. La Canal de entre los vivos y se arrebató a la Orden la iniciativa y la propiedad de la *España Sagrada*, y puede decirse que así continúa, como la dejaron nuestros mayores.

Permitidme antes de cerrar este período de nuestra historia que recuerde dos nombres gloriosos: los de Fray Diego González y Fray Juan Fernández Rojas. Aquél resucitador de la escuela poética de Salamanca, autor de la celebérrima invectiva *El murciélago alevoso*, pero cuya mayor gloria es haber continuado muchas poesías, que dejó inacabadas Fray Luis de León, tan a tono con el Maestro, que ni al más avisado le es fácil averiguar donde terminó el primero y donde comenzó el segundo. El P. Rojas, saladísimo ingenio, escritor elegante y atildado, y autor ante todo y sobre todo de la resalada *Crotalogía o Ciencia de las Castañuelas*, donde a vuelta de capítulos, artículos, parágrafos, cánones, definiciones, axiomas y corolarios se hace la más resonante rechifla

del método seuclásico francés y se estampan y prueban con toda seriedad y derrochando ingenio a raudales verdades como esta: *En caso de tocar las castañuelas, mejor es tocarlas bien que tocarlas mal.* O esta otra que le da quince y raya: *Del que no toca las castañuelas no puede decirse que las toca bien ni que las toca mal.*

Y en toda la tierra resonó el eco de su voz

Volvamos atrás en el libro de la historia. Sólo unas páginas, para admirar las que escribieron en las misiones mis hermanos. Mandó la Santa Iglesia enseñar, y enseñaron la verdad. *Ite,* les dijo repitiendo palabras divinas, *praedicate Evangelium omni creaturae.* Y una legión de apóstoles se lanzó en busca de almas que salvar en las selvas de América y Filipinas. El 1524 fueron los primeros franciscanos, el 26 los primeros dominicos, el 27 se organizó la primera expedición de Agustinos. A ellos siguieron otras y otras barcadas, que se extendieron por la Nueva España, que la recorrieron de punta a cabo. ¡Cuántas maravi-

llas cuenta la historia de estos santos varones! Sólo algunos episodios os diré, porque no quiero abusar de vuestra bondad.

Un caso de comunismo cristiano lo titulé en otra ocasión; y eso fué lo realizado por el P. Alfonso de Borja, pariente cercano del Santo Duque de Gandía, en Santa Fe, a pocos kilómetros de Méjico. En aquella ciudad, edificada con calles tiradas a cordel por los mismos indios dirigidos por el P. Borja, se practicó la comunidad de bienes, sin que nadie tuviera nada propio, sin que se conocieran en ella las palabras *mío* y *tuyo;* sus moradores trabajaban para la colectividad, y el fruto de sus trabajos era depositado en manos del Padre Alfonso, por quien era administrado y distribuído equitativamente. Con el sobrante se atendía a las obras de utilidad pública, a los enfermos y a los ancianos. El espíritu cristiano presidía aquella sociedad feliz, en la que no había pobres y ricos, ni altos y bajos, ni odios ni rencores; allí reinaba la verdadera *igualdad,* se vivía en práctica *fraternidad,* y sólo se obedecía a Dios, fuente de toda *libertad.* ¡Cualquiera les dice a los modernos capitostes del comunismo que su predecesor, que

el fundador del comunismo fué un fraile hace ahora cuatro siglos!

El segundo nombre, de quien quiero hablaros, es el del V. P. Alonso de Veracruz, que fué llamado el oráculo del Nuevo Mundo. Siendo profesor de la Universidad de Salamanca siguió a nuestros religiosos, y en Méjico abrazó la regla de San Agustín. Versadísimo en ciencias religiosas y profanas, fundó el Colegio Mayor de San Pablo y después la Universidad de Méjico, de la que fué nombrado Rector, dotando a ambos centros de ricas bibliotecas. Con embajada extraordinaria del Virrey para Felipe II volvió a España. Cumplida la cual y rechazando magníficos honores, embarcó de nuevo con rumbo a Méjico. Poco hacía que se habían descubierto las Islas Filipinas, y el Rey Prudente ordenó que la expedición para su conquista fuese dirigida por dos agustinos: Fray Andrés de Urdaneta, el mejor cosmógrafo de su tiempo decía, como experto piloto, y Fray Alfonso de Veracruz como hombre sabio y prudentísimo. Consigo llevaron una misión de Agustinos. Quienes sin más armas que la palabra evangélica conquistaron para España la más floreciente y pacífica colonia que jamás

se haya visto. De regreso a España, después de haber sido el primer religioso que diera la vuelta al mundo, volvió a sus misiones para morir al lado de sus indios de Nueva España.

Dos provincias de Agustinos se habían formado para entonces en Méjico, de las que a poco nacieron otras dos gloriosísimas: la del Perú (madre a su vez de las de Colombia, Ecuador y Chile) de la que fueron hijos gloriosísimos el santo Obispo de Popayán, Agustín de Coruña, ilustre por sus milagros en vida y después de muerto y gracias al cual pudieron ser admitidos los primeros Jesuitas en el Nuevo Mundo, y el Protomártir del Perú Fray Diego Ortiz; y la no menos gloriosa de Filipinas, de donde salieron los primeros misioneros, que entraron en el Celeste Imperio llevando a su frente al P. Martín de Rada, quien presentó al Emperador de China sus credenciales de Embajador del Rey de España. Con ellos convivió San Francisco Javier, que escribía a los jesuítas portugueses, Padres Beira y Camerte: «los frailes castellanos de la Orden de San Agustín, que van para Goa, os darán nuevas de mi, a los cuales os ruego mucho que en todo lo que pudiereis los favorez-

cáis, mostrándoles mucho amor y caridad, porque son personas tan religiosas y santas, que todo lo bien agasajado merecen».

Y dediquemos un recuerdo emocionado a los mártires del Japón, que hicieron florecer de nuevo con el carmín de su sangre el jardín de la Iglesia. Haga el Señor por su intercesión el milagro de la conversión de los pueblos por ellos evangelizados.

Los verdaderos sabios

Y al lado de estos Maestros, al lado de los obreros evangélicos, y para sostenerlos con sus ejemplos y para ayudarlos con sus oraciones, los humildes, los sencillos, los verdaderos sabios, los que hacen descender de lo alto el rocío que fecundiza la ingrata labor de sus hermanos, los medianeros de todas las gracias, *los santos*, flores que hermosean el jardín de la Orden, almas nobles y puras que todo lo elevan, que todo lo santifican con el suave aroma de sus virtudes: Juan Bueno, el de las asperísimas penitencias, Guillermo Duque de Aquitania, Nicolás de Tolentino, el Taumaturgo de Italia, Tomás de Villanueva, el Padre de los

Pobres y Arzobispo de Valencia, Alonso de Orozco el Santo de San Felipe, predicador, confesor y consejero de Felipe II, Juan de Sahagún el Pacificador de Salamanca, Buenaventura Patavino y Juan Stoney, mártires de la defensa de las prerrogativas de la Iglesia sobre el poder civil, y todos aquellos venerabilísimos varones del convento de Salamanca, que los historiadores llaman tan santos como San Juan de Sahagún: Santa Rita de Casia (quién no debe un favor a la *Abogada de imposibles!)*, Santa Clara de Montefalco, la enamorada de la Pasión, Santa Juliana de Cornelión, a cuyas revelaciones se debe la institución de la festividad del Corpus Christi, y tantos y tantos misioneros y misioneras, que o derramaron su sangre por la fe después de ganar almas innúmeras para el cielo en China, en América, en el Japón o en Filipinas, o convirtieron los áridos desiertos en jardines adornados por bellas flores, o santificaron los claustros con sus mortificaciones, penitencias y oraciones, y sirvieron de pararrayos para desarmar a Dios justamente irritado por las infidelidades de sus criaturas, y de bálsamo suavísimo para las arideces con que el mundo ingrato premiaba la labor desin-

teresada de sus hermanos. Almas puras, almas santas, que siembran de oasis refrigerantes el camino de este mundo, gracias a las cuales merece esta vida la pena de ser vivida. Son el ornamento, las piedras preciosas, las turquesas y rubíes de la Ciudad de Dios.

Tres grandes Figuras.

Pujante resurgir

Y al llegar a nuestros días en el fatigoso recorrido, permitidme que con la mano a la altura de la sien y con la mirada en alto rinda el saludo de admiración, prodigue mi respetuoso y entusiasta aplauso a tres grandes figuras, a las que la Orden debe sin duda su actual florecimiento. Las tres pasaron a la historia con los máximos honores; bien podemos nosotros prodigarles nuestros elogios, que son de justicia. Sus nombres son Manuel d'Alzon, Tomás Cámara y Ecequiel Moreno. Para ellos os suplico un aplauso.

El Rvmo. P. Manuel d'Alzon. Figura eminentísima de la Iglesia Católica! Padre y Fundador de la por todos conceptos gloriosa Congregación de Agustinos Asuncionistas, de la

que con toda justicia y verdad hay que decir, y muy alto, que ha comenzado por donde los mejores terminan, para llegar en menos de un siglo de existencia a donde nadie llega. Me es absolutamente imposible daros una idea ni aproximada de su meritísima labor. Básteos saber que, sañudamente perseguidos, sin duda por ser los más temibles enemigos de todos los enemigos de la Iglesia, siguen impertérritos su camino sin ceder nunca, sin un titubeo, con la mirada siempre en el ideal, con la intrepidez de los verdaderos apóstoles y a la luz del día. Mil quinientos religiosos; más de tres mil religiosas: esa es la Orden. Fueron los organizadores de las peregrinaciones a Tierra Santa y a Lourdes. Pasan del centenar las grandes manifestaciones de la fe llevadas a cabo. Creadores de la Buena Prensa, publican un diario, *La Croix*, acaso el de mayor tirada de Francia, con brotes robustos en todos los Departamentos, treinta publicaciones semanales o mensuales, más otros varios millones de hojas volantes, revistas, etc. A instancias de Pío IX y León XIII fundaron misiones en todo el Oriente europeo; en Turquía, Bulgaria, Rumanía, Rusia... y una revista *La unión de las Iglesias*, para atraer a

los cismáticos. Las guerras, las persecuciones, los trastornos políticos han entorpecido su labor; no importa, los Asuncionistas siguen adelante, son enviados de Dios, y Dios no muere. Y en el Africa del Norte, y en el Congo Belga y en Manchuria y en Inglaterra y en Norteamérica, y en la América Española y en el Brasil... ¿Qué país del mundo no habrá oído su voz? *In omnem terram exivit sonus eorum...* Disueltos, arrojados de Francia, perseguidos como indeseables, despojados de sus casas, de sus bienes, hasta del sustento diario, siguen serenos, alegres, con la frente alta, con los ojos fijos en el cielo a las órdenes del insigne, del grande P. Picard, del P. Bailly. El azote de la guerra, el gran ministro de las justicias de Dios, deshizo a la Francia atea, derrocó a los perseguidores de la Iglesia en otros países. Los Asuncionistas viven y predican la verdad con sus misiones, con sus colegios, con sus periódicos. Labran ricos sillares para la Ciudad de Dios ideada por el Gran Patriarca San Agustín. Gloria y honor a los inmortales, a los santos D'Alzon, Picard, Bailly... Hermanos Asuncionistas, orgullo de la familia agustiniana, que Dios os bendiga!

El P. Tomás Cámara y Castro! Grande entre grandes, a quien, junto con el Revmo. Padre Manuel Díez González, podríamos decir que debe cuanto es y cuanto significa la Orden en España. Repuesta apenas del colapso producido por los trastornos y persecuciones del siglo pasado, recobra nueva vida, toma la iniciativa y se coloca de un salto en la extrema vanguardia. Para ello crea el P. Cámara *La Ciudad de Dios,* la revista científica y literaria de más renombre del siglo XIX, modelo y maestra de cuantas más tarde han aparecido; siguen después con *España y América,* de espíritu batallador y ardoroso, y otras de investigación y piedad, publican libros en los que se manifiestan conocedores de cuanto se estudia en el mundo sabio, se hacen sitio, en fin, y a poco se colocan al frente de las ciencias, de las letras y de la pedagogía, entre la admiración y aplauso de los buenos y el estupor y desesperación de los enemigos, que en mil ocasiones han de ceder el campo ante el empuje arrollador de los *frailecitos*. Con intrepidez y audacia sin precedentes se hacen cargo de El Escorial a ruegos del Rey D. Alfonso XII, y reanudan el culto en la regia Basílica, la vida literaria de

la Real Biblioteca de impresos, la investigación en la de manuscritos, la misión docente en el Colegio de Segunda Enseñanza y a poco en la Universidad, y se constituyen en custodios de la Octava Maravilla en toda su majestuosa significación histórica. Puesto de honor, es verdad, pero de responsabilidad y compromiso incalculables, que los Agustinos han sabido ocupar siempre con dignidad, y en ocasiones con la máxima brillantez.

Y todo este florecimiento, todo este esplendor, todos estos triunfos son obra del inmortal Obispo de Salamanca, Fray Tomás Cámara, quien, apoyado, sostenido y secundado por el Comisario Apostólico y Vicario General Padre Díez González y por un profesorado hecho a su imagen y semejanza, supo infundir entusiasmos de locura en la juventud, entregada a su cuidado; de sus clases y de sus manos de artista salió una generación de gigantes, de entre quienes sólo os citaré, porque sé que estáis fatigados y habréis de extremar vuestra benevolencia para conmigo, el P. Blanco García, que empuñó con mano firme y criterio seguro el cetro de la crítica literaria escribiendo su (aun con los escasos lunares que le atribuyen—obra

humana al fin—) ni superada ni igualada *Historia de la Literatura Española en el s. XIX;* el P. Muiños Sáenz, maestro de la polémica filosófica y política en su discutidísima, pero al fin aceptada y prácticamente seguida por tirios y troyanos, *Fórmula de la unión de los Católicos;* el P. Eustoquio de Uriarte, alma de artista, que restauró la música religiosa en España saliendo solo al campo y sin más armas que su fe y su pluma, que tantas filigranas escribió; el P. Marcelino Gutiérrez, la inteligencia de más alcance filosófico después de Balmes; el P. Honorato del Val, teólogo que sólo tiene parigual en los gloriosos de la décima sexta centuria; el P. Marcelino Arnáiz, discípulo predilecto del Cardenal Mercier e implantador del Neoescolasticismo en España, quien por su pie, y aun contra viento y marea, subió al sitial de Individuo de Número de la de Ciencias Morales y Políticas, como conquistaron los suyos en la de la Historia los insignes investigadores PP. Antolín y Zarco, como llegaron hasta la de Exactas, Físicas y Naturales los PP. Barreiro y Unamuno. Y aún resuena, señores, (porque muchos de vosotros le escuchasteis), aún resuena el eco de

las elocuentísimas oraciones sagradas del más grande orador sagrado de nuestros días, del que fue Excmo. P. Zacarías Martínez, Arzobispo de Santiago, acaso el más insigne discípulo del P. Cámara.

Y rindamos el homenaje de nuestra admiración y aplauso al sabio Manuel Blanco, que con su ingente *Flora de Filipinas* levantó el nivel científico de España a envidiable altura, y al gran Méndel, el Newton de la Botánica, como gráficamente se le ha llamado, que paseó por los centros científicos de Alemania y Austria el hábito agustiniano que vestía, nimbándolo con la luz esplendorosa del prestigio de su ciencia.

El P. Ecequiel Moreno. Una rama, humilde primero, como todo lo que ha de llegar a la cúspide, brotó del árbol agustiniano: los Agustinos Recoletos. Como grano de mostaza germinó y con su sombra cobijó medio mundo. Meritorias y brillantes sus misiones en Filipinas, en América, en China; meritoria y brillante su labor evangélica y docente en gran parte de las diócesis de la Península. Al llegar a la mayor edad se constituyó en Orden independiente y hoy tiene vida próspera y pujante.

Fruto consolador y bendito de sus afanes por la gloria de Dios fue el Excmo. P. Ecequiel Moreno, Obispo de Pasto en Colombia. Santamente vivió dedicado con celo apostólico a la salvación de las almas entre las tribus aún no cristianas del Nuevo Continente, donde fundó la Provincia de Agustinos de la Candelaria, fue nombrado Prefecto y después Obispo de Casanare y trasladado a Pasto, donde con entereza cristiana hizo frente a todos los errores modernos y a la masonería; y en la lucha adquirió el temple heróico de que dió pruebas en la última dolorosísima enfermedad, que acabó de santificar su alma para dormirse con los bienaventurados en 1904. Su proceso de Canonización está en marcha. Otra gloria de la nueva Orden fue el Excmo. P. Toribio Minguella, Obispo de Sigüenza. Gran escritor e investigador sagaz e incansable, fue digno de vestir los capisayos episcopales y lucir la medalla de académico.

Esta es la Orden de San Agustín distribuída hoy por todas las partes del mundo en una Abadía, cuarenta Provincias, once Vicariatos Apostólicos, incluyendo el de Moscú, que es el

único representante de la Iglesia en la capital soviética. Las persecuciones y las guerras han sido la causa de la disminución del personal. No obstante sostiene florecientes sus misiones, muchas decenas de Colegios y tres Universidades: en Filipinas una, otra pletórica de vida en Norteamérica y la de universal renombre de El Escorial, en que se educan millares de alumnos. Recontar sus publicaciones sería empresa difícil y quiero evitaros la fatiga que ello os causaría. Sólo añadiré que si la revolución no hubiera tronchado en flor el bien organizado grupo de investigadores de la Real Biblioteca de El Escorial y la no menos importante Escuela de Estudios Arabes, como cortó igualmente la vida del núcleo de helenistas y hebraístas del mismo centro, sería hoy una realidad el ideal acariciado por todos los estudiosos. Doscientos diecisiete mártires cuenta la Orden en España, sacrificados al ideal comunista; de ellos sólo de El Escorial ciento siete. La flor y nata.

¡Con zafiros y diamantes fueron edificadas tus murallas y tus torres, oh Jerusalén, inmortal CIUDAD DE DIOS!

* * *

Esta es débilmente bosquejada la obra del genio; esta es la obra del gigante dibujada con pobre colorido; esta es la obra inmortal de Aurelio Agustín, vista por el último y más desaprovechado de sus hijos.

Al ponerla ante vuestros ojos, alienta en mí la esperanza de un resurgimiento brillante de las doctrinas del Doctor, que siempre fué guía de la Humanidad y faro luminoso colocado en medio del mundo, al que han acudido, buscando nueva luz, nuevos bríos, nuevas orientaciones, cuantas almas grandes y generosas amantes del ideal han pasado por la tierra. Tengo fe, creo firmemente en que una vez más los hombres, fatigados por el anhelante forcejeo, cansados y desilusionados ante la variedad de los sistemas, que en vano les ofrecen arreglar sus diferencias y volver la paz y el orden a las sociedades, dirigirán sus ojos a las obras, que sirven de pedestal al Santo Padre, al Aguila de Hipona, y satisfechos sus corazones, devuelta la tranquilidad al mundo,

entonarán en sublime concierto aquellas palabras, que desde siglos viene cantando la Iglesia en honor del Santo:

Vuelve a luchar por Cristo, ¡oh inmortal triunfador!
Encendiendo en tus hijos tu amor de serafín.
¡Oh luz, la fe te implora; oh amor, oye al amor.
Alza a Dios nuestras almas, oh gran Padre Agustín!

